

YO VI A NICK
DRAKE

Eduardo Jordá



YO VI A NICK DRAKE

LA MANSIÓN DE FAR LEYS no había cambiado. El mismo portón de doble hoja en la entrada exterior. Los mismos árboles asomando por encima de las altas chimeneas de ladrillo rojo. El mismo zumbido de los pájaros en los arbustos bien podados del jardín.

Estuve allí por primera vez en el verano de 1973. El portón estaba abierto y me colé en el jardín sin que nadie me dijera nada. Avancé despacio, inclinando el cuello como si buscara a alguien a quien preguntar si podía pasar. Vi dos sillas de jardín pintadas de blanco, y me acerqué para ver si había alguien por allí cerca, pero sólo encontré un ejemplar del *Daily Telegraph* que alguien se había dejado olvidado. Fui a la puerta de la casa y llamé. Mientras esperaba, me di cuenta de que salía agua de una manguera roja a medio enrollar que servía para regar las dos macetas que flanqueaban la entrada.

Pero la segunda vez, en 1980, no había sillas ni manguera en el jardín. Era diciembre y hacía frío. El portón exterior estaba cerrado con una cadena. Tuve que llamar al portero automático y esperar varios minutos. Por fin se asomó un hombre mayor, de unos setenta años.

—¿Qué quiere? —gritó.

No contesté. El hombre cruzó a toda prisa el jardín y se acercó al portón. Llevaba un bigote tan blanco que parecía pintado a la cera. En seguida vi que era Rodney Drake, el padre de Nick Drake.

—¿Qué desea? —preguntó.

Yo llevaba mucho tiempo preparando una explicación para mi visita. Quería escribir una biografía de Nick Drake, el joven músico que se había suicidado en 1974 en aquella misma mansión de Far Leys. Quería conocer el lugar donde había pasado su infancia y su juventud y los dos últimos años de su vida. Quería conocer su dormitorio, su estudio, sus libros. Y quería conocer a los padres de Nick Drake, hablar con ellos, preguntarles cuál había sido el misterio de la música de su hijo. Pero cuando llegó el momento de soltar todas aquellas explicaciones, me quedé en blanco.

Rodney Drake puso cara de pocos amigos.

—Lo siento, no puedo atender a los chiflados. Hace demasiado frío —y se dio la vuelta con un gesto de malhumor.

—Ya estuve una vez aquí —balbuceé.

Rodney Drake cambió de actitud. Apoyó la mano en el portón.

—¿Usted estuvo aquí? ¿Cuándo?

—En 1973.

—¿En 1973? ¿Cuándo vivía Nick?

—Sí —asentí—. Una mujer oriental me abrió la puerta. El señor Drake sonrió.

—Ah, debía de ser Rosie. Nos la trajimos de Birmania. Nick la quería mucho.

—No, no era Rosie —le corregí—. Me parece que era Naw. Al menos su hijo la llamó así: «Naw». Sonó como si dijera «No».

Creí que se refería a mí y que no quería verme. Luego vi que le estaba hablando a la sirvienta. «Naw». «No».

—¿Entonces Nick aceptó verle? Esto es asombroso —exclamó el señor Drake—. Asombroso, de verdad. En 1973 no venía nadie a verle.

El señor Drake quitó la cadena y abrió el portón.

—Pase, pase. Venga conmigo a la casa. Subiremos al piso de arriba y así estaremos más tranquilos. Mi mujer está en el jardín de atrás. En casa siempre se queja de frío, pero cuando se va al jardín, el frío no le molesta. ¿Usted lo entiende?

En aquel momento se oyó el ruido de un avión. Levanté la vista. Un avión descendía hacia el aeropuerto de Birmingham, que no estaba lejos de Far Leys. En 1973, cuando Naw abrió la puerta, también se oyó el ruido de un avión.

Entramos en la casa. Estaba tan caldeada como un invernadero. Rodney Drake me indicó la escalera, protegida por una alfombra gris con una cenefa roja. Yo nunca había estado en el interior de Far Leys. Imaginé a Nick Drake bajando a oscuras por aquella escalera, y luego caminando despacio hacia la cocina, con la intención de servirse un bol de leche con cornflakes, en aquella noche de noviembre que fue su última noche.

Subimos al piso de arriba. El señor Drake me hizo entrar en una especie de estudio, en el que tenía maquetas de coches, vitrinas con palos de croquet y grabados de flores. Se sentó en un sofá de dos plazas, situado bajo una hilera de fotos de la época en que la familia Drake había vivido en Birmania. Había fotos de la empresa maderera para la que trabajaba el señor Drake, y una foto de una pareja (Rodney y su mujer Molly) jugando al tenis con pesadas raquetas de madera con cordaje de tripa de cerdo, y otra foto de una merienda campestre en un jardín frente a una casa con veranda, y otra de una mujer

embarazada (que supuse Molly Drake) a punto de meterse en un río, en una orilla protegida por la sombra de un gran sauce. Su hijo Nick había nacido allí, en Birmania, en 1948.

Rodney Drake me señaló una silla tapizada de azul claro.

—Siéntese, joven, siéntese.

Obedecí.

Rodney Drake se golpeó los muslos con las manos.

—O sea que usted ya estuvo aquí. Esto es asombroso, asombroso —repitió, y soltó una risita jovial.

Por extraño que parezca, se me ocurrió que Nick Drake también se había reído de aquella manera cuando era un niño que jugaba al croquet en aquel jardín. De hecho, en muchas fotos de infancia se le veía reír.

Le conté que había estado en verano, en agosto.

Rodney Drake dejó de sonreír. Me miró con atención.

—¿Sabe? En 1973 no venía nadie. Nick se quejaba de los pocos discos que vendía. La gente creía que no le preocupaban esas cosas, pero no era así. Le preocupaban. Y mucho.

—Pues yo sí que compré sus discos —dije.

—No sabe cómo se lo agradezco, joven. Sobre todo por Nick. A él debió de alegrarle mucho.

—Bueno, yo...

—Porque usted dijo que estuvo aquí, ¿no? Perdone que insista, pero es que no recuerdo haberlo visto. Y seguro que me acordaría.

Rodney Drake se había jubilado de su trabajo de directivo en una empresa de ingeniería que fabricaba tractores, vallas electrificadas, maquinaria para la esquila industrial de ovejas. Un tipo que trabajaba en Island Records me había informado bien.

Procuré explicarle lo que había pasado aquel día de agosto:

—Ya le he dicho que me abrió la puerta una sirvienta oriental. Usted no estaba, y su mujer tampoco, o al menos yo no los vi. De todas formas, estuve muy poco tiempo.

—De acuerdo, de acuerdo. Perdóneme. Ya me ha dicho que le abrió Naw. Disculpe la confusión. Es que siempre suele abrir la puerta Rosie, la otra sirvienta.

—Hoy me la ha abierto usted.

—Ah, bueno, pero es que hoy no tengo nada que hacer. Y Rosie está en el pueblo. Ha ido con Naw. Este sábado ayudan al párroco a organizar una subasta. Necesitan fondos para reparar el órgano de la iglesia. Lo malo es que el párroco se empeñará en tocar el órgano cuando se lo arreglen. Y nosotros tendremos que escucharlo.

El señor Drake hizo como que se tapaba los oídos con las manos. Y luego soltó una nueva risita, que a mí, quizá por lo que acababa de decir, me sonó como si saliera de los tubos de un viejo órgano de iglesia.

Me quedé callado, mirando por la ventana los árboles del jardín. El radiador emitió una especie de borborismo, luego soltó un gemido y se calló. Me pregunté si la habitación de Nick Drake daba a aquella parte de la casa.

El señor Drake pareció sentirse incómodo con el silencio.

—Rosie es la tía de Naw —se apresuró a decir—. Mírela, es la mujer birmana que se ve en esta foto, la que nos está sirviendo la merienda en el jardín de nuestra casa. Como ya trabajaba con nosotros, nos la trajimos cuando volvimos a Inglaterra. Y unos años después se vino Naw, su sobrina. Por cierto, ¿quiere tomar algo?

Me moría de sed y de ganas de ir al baño, pero preferí declinar la invitación.

—No, gracias.

Rodney Drake me miró. Intentó sonreír de nuevo, pero su rostro se ensombreció y tuvo que apoyar la cabeza en el sofá.

—¿Sabe? Nick quería mucho a Naw. Y ella a él. Aquel día, cuando se fue el médico y todo eso, Naw fue la que quiso ocuparse de él. Ya se puede imaginar que no fue muy agradable. Mi mujer estaba destrozada. Y bueno, yo...

El señor Drake se interrumpió. Miró al suelo mientras se pasaba los dedos por aquel bigote blanco que parecía pintado a la cera. En la mañana del 25 de noviembre de 1974, Nick Drake había aparecido muerto en la cama de su dormitorio. El forense dictaminó que la causa de la muerte era una sobredosis de Tryptizol, el antidepresivo que le había recetado su psiquiatra.

Volvimos a quedarnos en silencio. Rodney Drake llevaba una rebeca marrón y una camisa Oxford de color beige. En Londres, el tipo que trabajaba de hombre para todo en Island Records —mi contacto hasta entonces sobre Nick Drake— me había dicho que Nick solía llevar las camisas viejas de su padre. Por alguna razón, Nick detestaba comprar ropa. Por alguna razón, le gustaban las camisas de su padre.

Rodney Drake procuró cambiar de tema. Se incorporó a la vez que hacía entrechocar las manos.

—Bueno, bueno, ¿conque usted también es un *drakey*?

—¿*Drakey*?

—Sí, hombre, esos fans que vienen por aquí a meter las narices en la vida de mi hijo. Yo los llamo así, *drakeys*. Ya han venido otros. Por lo general van al cementerio a ver la tumba de Nick. Hasta ahora sólo teníamos dos personajes famosos enterrados aquí: un campeón de motociclismo y un boxeador que ganó el campeonato de Inglaterra de los pesos welter, un tal Hood. Pero ahora parece que Nick está colándose en el pri-

mer lugar. Y la gente también viene a nuestra casa. A mi mujer le gusta enseñarla, aunque yo no estoy tan convencido. Una vez una chica se llevó un cenicero. Y un hombre de cierta edad robó una caja de cerillas. Rosie quiso denunciarlo a la policía. Tuve que pedirle que lo dejara estar.

Rodney Drake hizo una pausa. Pareció reflexionar. Me pregunté si llevaba una lista de los *drakeys* que visitaban su casa en busca de recuerdos de su hijo. Y si las clasificaba de alguna manera. Nacionalidad. Edad. Clase social. Aspecto físico. Salud. Estado de ánimo. Vestimenta. Marca de zapatos. Tipos de medias. Color de los calcetines.

En aquel momento me miró de nuevo con atención. Por un segundo vi los ojos de su hijo, en una foto que le hicieron en Cambridge cuando estudiaba en el Fitzwilliam College.

—De todos modos, usted no es igual que los otros —dijo.

—¿No?

—No, claro que no. Usted vio a Nick, y eso lo cambia todo. Porque usted vio a Nick aquí, ¿no?

—Sí, sí, lo vi, claro que lo vi.

Y era cierto. Yo había visto a Nick Drake aquella mañana de agosto de 1973. Naw, la sirvienta, abrió la puerta. Y cuando vio que yo no decía nada, y me ponía a mover los pies con impaciencia, como si fuera a huir en cualquier momento, se acercó a mí y me cogió el brazo y me preguntó si me pasaba algo. No era raro que Nick Drake quisiera tanto a aquella mujer.

—Nick, Nick Drake —acerté a decir.

Naw pareció comprender. Se dio la vuelta y se metió en la casa. Y al cabo de un tiempo que me pareció muy largo, aunque quizá no fueron más de dos o tres minutos, Nick Drake apareció en el vestíbulo. Llevaba el pelo largo y mal cortado,

como si se lo hubiera cortado él mismo con unas tijeras de podar. Sólo dijo una palabra, mirando hacia dentro, «Naw», que yo interpreté como «No» y que me hizo sentir más nervioso todavía. Y luego se volvió hacia mí y se quedó parado, sin decir nada más, a dos metros de donde yo estaba. De repente eché de menos a Naw. Me hubiera gustado tenerla allí cerca, pero la sirvienta no volvió.

Quise decirle a Nick Drake que había descubierto sus canciones dos años atrás, cuando yo sólo tenía quince años. Quise decirle que había ido desde Mallorca hasta allí sólo para conocerlo. Quise decirle que adoraba su música. Quise decirle que tenía todos sus discos. Quise decirle que mis amigos de Mallorca también adoraban sus discos. Y quise decirle que mi amigo Allan Baker, que vivía en Birmingham, estudiaba Literatura Francesa en Cambridge, y ante mi insistencia, se había puesto en contacto con antiguos compañeros suyos del Fitzwilliam College y había conseguido averiguar dónde podía localizarle a él. Uno de sus compañeros de Cambridge le había dado la dirección de Far Leys, una dirección que casi nadie conocía en Inglaterra en aquella época, porque en aquella época casi nadie sabía nada de él, de Nick Drake, de aquella sombra que ahora estaba frente a mí.

Nick dio un paso vacilante hacia la puerta. Fue en aquel momento cuando se oyó el ruido del avión. Nick se detuvo en seco. Empezó a rascarse la barbilla. Vi que tenía la uña del dedo índice muy larga y muy sucia. Luego cerró los ojos. Estaba muy pálido. Empezó a temblar. Aquel sonido lejano parecía resultarle tan insoportable como el dolor de un tumor cerebral. Tuve que apartar la vista. Cuando volví a mirar el vestíbulo, Nick Drake ya no estaba allí.

Rodney Drake se revolvió en el sofá. Estaba claro que mi silencio lo ponía nervioso.